

gún espanto ante Dios. El siempre ha estado en el amor del Padre. Su muerte no es sino un regreso á Aquel del que salió. El va á recoger, como Hijo del Hombre, en la casa de su Padre, la gloria de la que goza eternamente como Hijo de Dios. Todo lo que él ha dejado, crecerá después de él. El mora, presente, aunque invisible, en sus discípulos, y obrará por ellos y en ellos la obra santa del Reino. Ni el tiempo, ni el mundo con sus odios y energías satánicas, harán presa contra los suyos; él venció al tiempo y al mundo y apoyados en él, sus apóstoles, de edad en edad, continuarán la victoria.

—“Que vuestro corazón no se turbe, que no tema. Os lo he dicho, me voy, pero vengo á vosotros. “Voy al Padre, vengo invisiblemente por el Espíritu. “Si me amáis, tanto más os regocijaréis. El Padre es mayor que el Hijo del Hombre, él va á glorificarle; y el Hijo del Hombre glorificado os obtendrá el Consolador.

“Os he dicho estas cosas antes de que lleguen, á fin de que cuando hayan llegado creais.”

El tiempo transcurría. La hora del dolor y de la muerte se aproxima.

—“Ya no os hablaré más,” dijo Jesús tristemente. “El Príncipe de este mundo llega.” Judas el traidor y los que se preparaban á cogerle no son para Jesús sino los instrumentos de aquel á quien él llama el Príncipe de este mundo. El llega, “pero nada tiene en mí.” Por lo tanto, aunque exento de todo mal, él va á ser tratado como un malhechor.

El ve en su suerte la orden del Padre.—“Es preciso, añadió, que el mundo conozca que yo amo al Padre y que, según el mandamiento que El me dió, haga yo así.”

Entonces, dijo resueltamente: “Levantaos. Salgamos de aquí.”

¹ Juan, XIV, 30, 31.



CAPITULO VIII.

DEL CENÁCULO Á GETHSEMANÍ.

Ellos se levantaron; y siguiendo la costumbre, en pie, recitaron el fin del “Hallel,” los Salmos¹ que recordaban la salida de Egipto, el paso del mar Rojo, la promulgación de la Ley, la resurrección y los dolores del Mesías. Jesús vió allí su propio destino, sus luchas, su muerte y su triunfo.²

Acabado el himno, el Maestro rodeado de los Once abandonó el Cenáculo y tomó el camino del monte de los Olivos. La casa en la que había celebrado la Pascua, se hallaba situada sobre el Sión: él debió salir por una de las puertas meridionales de la ciudad y encaminarse hacia Gethsemaní, atravesando las pendientes del Ophel, á través de los jardines y los viñedos. La noche había cerrado, una de esas noches de Oriente, iluminadas, serenas, tachonadas de estrellas.

La ternura de Jesús, siempre inagotable, se reveló todavía en el camino. El quiere que sus discípulos no solamente crean en él, sino que estén en él, y que permanezcan en él. Esta unión es un gran pensamiento. ¿Acaso no ha venido para

¹ Salm. CXIII, CXV, CXVI, CXVII.

² Pesah., fol. 1, 8, 1.

atraerlo todo á él y á su Padre, ha vivido, y muere? Al ver en su camino á las vides que cubrían los jardines y que echaban ya sus primeras ramas, dijo:

—“Yo soy la verdadera vid; y mi Padre el viñador. El sarmiento que no tiene fruto de mí, le cortará; y el que da fruto, le podará para que tenga todavía más. Más vosotros estáis ya podados, por causa de la palabra que os he dicho.

“Permaneced en mí y yo en vosotros.

“Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la viña, lo mismo, vosotros no lo podéis, si no permanecéis en mí.

Yo soy la viña, y vosotros, los sarmientos. Si alguno permanece en mí y yo en él, dará mucho fruto. Sin mí, nada podéis hacer vosotros. Aquel que no permanece en mí, será arrojado fuera como el sarmiento; él se secará, se le amontonará para arrojarle al fuego y quemarle.

“Si vosotros permanecéis en mí, si mis palabras permanecen en vosotros, todo lo que quisieréis, lo pediréis, y os será hecho.

“Y mi Padre será glorificado, si vosotros dáis mucho fruto y os hacéis mis discípulos.

De todas las parábolas de las que agradaba servirse á Jesús para revelar los misterios de la vida eterna, la de la viña y los vástagos es la más hermosa quizá; ninguna expresa con más precisión y energía las relaciones profundas, íntimas, necesarias de Jesús y de sus discípulos. Su ternura se complace en interpretarla.

El quiere que los Once lo sepan: él es para ellos el Principio de la Vida. No se le posee sino en él y por él. La sabiduría fluye de él en los que le están incorporados como el vástago lo está á la cepa. Todo lo que no depende de esa cepa bendita es vástago muerto. El discípulo pérfido era la prueba; co-

1 Juan, XV, 1 y sig.

mo él no había permanecido en unión con el Maestro, había sido cortado. Pero las ramas verdes y vivas deberán ser podadas; esta es la Ley del sacrificio. Ningún miembro de Cristo,—esa cepa misteriosa,—escapará. Mientras más vigoroso sea más probado será. El Padre, el viñador, le pedirá mucho fruto, y él no dará sino con la condición de ser más sacrificado.

Multiplicar los discípulos de Jesús, obtener de ellos virtudes heroicas, extender sobre toda la tierra la viña que él plantó, podar sus ramas, hacer madurar los frutos que serán comprimidos en el lagar y que suministrarán el vino nuevo del Reino, he aquí la obra del Padre con la humanidad á quien ha resuelto salvar.

Un amor infinito desbordaba, en este momento, del alma de Jesús.

—“El Padre me ha amado,” dijo, “y yo también, os he amado. Respecto de vosotros, permanecéis en mi amor. Como yo amo al Padre, así debéis amarme. Ahora, si guardáis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, lo mismo que yo, guardando los preceptos de mi Padre, permanezco en su amor. Os he dicho todas estas cosas, á fin de que mi alegría esté en vosotros y que vuestra alegría sea plena.”

Aquellos á quienes llena el amor divino, experimentan la paz, la felicidad, la saciedad. Las aspiraciones que agitan á toda alma se calman en ellos; porque ellas están llenas de esta caridad “que excede á todo sentimiento y que guarda nuestro corazón y nuestra inteligencia.”

Se adivina, con la lectura de estas páginas todavía ardientes, la emoción de los discípulos de Jesús, cuando, se encaminaban por la noche, hacia el valle del Cedrón, y él les expresó su caridad sin límites.

1 Juan, XV, 11.

2 Felipe, IV, 7.

—“Sí,” decía, “mi único precepto es que os améis vosotros como yo os he amado.”¹

El pensamiento de su muerte próxima pasó por su espíritu; él no vió en él en esta vez, sino la prueba de su amor por los suyos; y su lenguaje todavía llegó á ser más tierno:

—“No hay mayor amor como dar su vida por sus amigos.

—“Vosotros soís mis amigos, si hacéis lo que yo os mando.”

El insistió respecto á esta palabra de amigos. “Yo no os llamo mis sirvientes, porque el sirviente no sabe lo que hace su señor; yo os he llamado mis amigos, porque todo lo que he escuchado del Padre, os lo he hecho conocer.”

La confianza está en razón del amor; si él es total, ella es total. Nosotros estamos aquí en el amor absoluto: como el Padre ama á su Hijo él le ha revelado todo, el Hijo ama á los hombres que él ha escogido y les ha dado todo lo que tiene del Padre.

La obra de la creación es la menor de las obras de Dios, y la constitución del Universo ha sido entregada como un problema á la sagacidad del genio humano;² pero la obra de la Redención del mundo por la Encarnación del Hijo de Dios, por sus sufrimientos y por su muerte, por la efusión de su Espíritu sobre toda carne,—esta obra la más necesaria, la más santa, puesto que ella consume todo, esta obra que manifiesta el máximo, la bondad y la potestad infinitas,—nos es conocida por la fe sola y por la revelación que Jesús hizo á sus amigos.

Que ellos no se exalten; ellos no son lo que son sino por la gracia.³

—“No soís vosotros,” les dijo Jesús, “quienes me habéis escogido; soy yo quien os ha escogido y os ha establecido, para que vayáis y déis el fruto y que vuestro fruto permanez-

¹ Juan, XV, 12.

² Eccles., III, 11.

³ I, Cor., XV, 10.

ca, de manera que todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, él os lo da.”

Jesús llama á los suyos; ellos vienen á él. Su elección es el principio de su vida nueva. Su destino es grande: cubrir al mundo, producir á la faz del mundo frutos de una virtud divina; pero su fuerza también es divina: el Padre vela sobre ellos; ellos le pedirán en nombre de Jesús todas las cosas y el Padre se las dará.

El les dijo todavía, como si no pudiese repetirlo bastante: —“Os lo recomiendo, amaos los unos á los otros.” Esta palabra todo lo resume: ellos hallarán en él la fuerza, la alegría y la paz en esta tierra en donde van á esparcirse y en donde el odio les espera. Este odio, genio infernal de la humanidad perdida, Jesús quiere que sus discípulos le conozcan, porque él es inevitable; él va á pintarle á sus ojos, á precaverlos contra sus asaltos; por terrible que sea, ellos le veneran.

—“Mientras que vosotros os amáis los unos á los otros, el mundo os odiará. Si el mundo os odia, no os sorprendáis, ni os escandalicéis, ni os espantéis. Más bien consolaos, y sabed que él me ha odiado el primero.”

“Si habéis sido del mundo, él amará lo que es de él; pero porque ya no soís, y que yo os he escogido del medio del mundo, por causa de esto, el mundo os odia.”

El mundo, en el lenguaje de Jesús, es la humanidad sometida á la potestad del mal. Todo en ella es vanidad, concupiscencia, orgullo; ella tiene el egoísmo por principio, por ley y por fin. Ella se prefiere á todo, hasta á Dios. Ella quiere reinar, dominar, gozar. Para lograrlo, ella ante nada retrocede; ella está dispuesta á todas las astucias, á todas las tiranías, á todas las violencias y á todos los crímenes.

Jesús es el único ser humano en contradicción absoluta con el mundo así comprendido; por esta razón, ese odio acumulado contra él y que es en el fondo el odio de Dios, el odio del bien.

Sus discípulos lo heredan:—"Acordáos," les dijo, "de la palabra que os he recordado frecuentemente: El servidor no es más grande que su señor. Si ellos me han perseguido, ellos os perseguirán también; si ellos han guardado mi palabra, ellos guardarán también la vuestra.

"Y ellos harán todo contra vosotros, por causa de mi nombre, porque ellos no conocen á Aquel que me ha enviado."

Este odio del mundo, Jesús le había hallado en el pueblo judío, bajo su más horrible forma: la hipocresía de un falso celo, de una falsa piedad y de una religión pervertida. El pensamiento de los culpables le conmovió.

—"Si yo no hubiera venido, si yo no les hubiera hablado, ellos no tendrían pecado; pero ahora ellos no tienen excusa. Ellos me odiaron; y el que me odia, odia á mi Padre. Si yo no hubiera hecho en medio de ellos obras que nadie ha hecho, ellos no tendrían pecado; pero ahora, ellos han visto y ellos me han odiado y á mi Padre."

Estas palabras de una tristeza punzadora, ponían á descubierto el fondo secreto de la incredulidad judía. Esos representantes oficiales de la verdad religiosa, de la Ley santa y del culto,—Jesús lo dijo,—ignoraban á Dios y no le amaban. Si ellos hubieran amado al Padre, ellos hubieran aceptado á Jesús, á quien envió; y si ellos hubieran amado á Dios, ellos hubieran amado á Aquel que les traía su palabra y que ejecutaba en medio de ellos sus obras santas.

Su religión hipócrita ocultaba espíritus sin fe y sin conciencias sujetas á la potestad del mal.

Al rechazar á Jesús, ellos han realizado una palabra del profeta: "Ellos me han odiado por nada."¹ Pero el Padre recoge á su Hijo repudiado y vilipendiado:—"Cuando llegue el Paráclito que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, dará testimonio de mí."²

¹ Salm., XXXIV, 19.

² Juan, XV, 26.

El no le dará solamente la eternidad de su gloria, él le exaltará aun en este mundo. La última palabra no permanecerá en la tierra en el error y en el odio, sino en la verdad y en el amor.

—"Y vosotros," añadió, "vosotros también, daréis testimonio, vosotros que habéis estado desde el principio conmigo."

El Espíritu de verdad, apoderándose de los raros discípulos testigos de toda la vida de su Maestro, ha constituido la Iglesia; y la Iglesia, apenas creada, ha publicado por los cuatro vientos del cielo la santidad, la justicia, la bondad, la divinidad de Jesús. Su voz, que se amplifica con los siglos, domina á todos los ultrajes, á la blasfemia de los Judíos y á la incredulidad de los últimos tiempos. Nada ha podido sofocarla ni comprimirla. A los que escuchan los ruidos, los rumores, los gritos de que está llena la humanidad, ella se impone como la voz la más fuerte, la más armónica, la más santa, la más indefectible; ella tiene la fuerza del martirio, la santidad de la virtud, la grandeza del genio, la indestructibilidad de la fe. ¿Qué hombre, en esta tierra, ha visto jamás elevarse en derredor suyo semejantes testimonios, semejantes aclamaciones?

Después de haber animado á sus discípulos por una divina esperanza, y haberles mostrado el crimen de sus perseguidores prestos á vertir sobre ellos todo el odio con el que le habrán perseguido el primero, Jesús añadió:

"No os escandalicéis. Ellos os excomulgarán; estaréis sin sinagogas, y aun llega la hora en la que cualquiera que os matará, creará dar un culto á Dios. Y ellos os harán estas cosas, porque ellos no han conocido ni al Padre ni á mí. Pero yo os lo digo, á fin de que, llegada la hora, os acordéis de que yo os lo he dicho. Yo no os las he dicho desde el principio, porque yo estaba con vosotros."

Todo lo que Jesús, en sus confidencias supremas, quiere en-

¹ Juan XV, 27.

² Juan, XVI, 1.º sig.

regar á sus discípulos, toca á las últimas profundidades. El les había hablado á menudo del Padre y del Espíritu, enseñado sus deberes y atestigüado su afección y su ternura; jamás como hoy. Al formarles al apostolado, él ya les había anunciado la persecución y el odio. Hoy, les enseña, á este respecto, un detalle nuevo y particularmente doloroso. No son los paganos quienes le persiguen, es el pueblo de Dios. Estas autoridades, que ellos miran y respetan como santas, que tienen la unión de Dios y que hablan desde lo alto de la cátedra de Moisés, después de haber rechazado á Jesús, les perseguirán sin cuartel. En el nombre del mismo Dios ellos serán odiados, excomulgados, entregados á la muerte.

Hay algún consuelo en caer bajo el golpe de los que niegan y odian á Dios; pero sufrir, ser perseguido por el poder religioso traidor á su misión, ser inmolado por él como blasfemador de Dios, cuando se le alaba; como destructor del culto, cuando se le mejora, ved el más cruel de los martirios. Jesús le sufrió, sus discípulos fieles deberán sufrirlo.

Los Once están advertidos; el recuerdo de las palabras del Maestro les confortará, cuando él ya no esté.

El pensamiento de la separación volvía sin cesar á su espíritu, llenándoles de tristeza; Jesús les volvió á confortar. El había querido inundarles de la alegría con la que él mismo se estremecía al ir á su Padre; pero ellos están únicamente preocupados del abandono en el que su partida va á dejarles.

“Ahora que yo voy cerca de Aquel que me ha enviado” les dijo, “ninguno me pregunta: ¿A dónde váis? La tristeza llena nuestro corazón. Tened ánimo. Yo os digo la verdad: es útil que yo me vaya. Porque si yo no me voy, el Paráclito no vendrá á vosotros; pero cuando yo me haya ido, yo os lo enviaré.”

Quando Jesús vivió voluntariamente sometido á las leyes de

1 Juan, XVI, 5 sig.

la humanidad sufriente, pasible, mortal, él no estuvo menos lleno del Espíritu, y el Espíritu irradiaba sobre todos aquellos que á él se le aproximaban; pero su acción parecía restringida por las leyes mismas que limitaban á la naturaleza humana en Jesús. Porque ella llegó á ser invasora, soberana, universal, la humanidad que era el foco debía entrar en su estado de soberanía universal y triunfante. Por tanto, del seno del Padre en donde ella reinaría gloriosa, ella daría su pleno desarrollo al Espíritu; y la obra de santificación, de consuelo y de fuerza sería inaugurada: hé aquí la promesa confortadora.

—“Cuando él haya venido,” dijo Jesús, “convenecerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio: de pecado, porque ellos no han creído en mí; de justicia, porque yo me voy á mi Padre, y ya no me veréis; de juicio, porque el Príncipe de este mundo está juzgado, condenado.”

Estas tres palabras misteriosas y sin fondo, revelan toda la obra del Espíritu Santo, y la victoria que él va á alcanzar, por los discípulos de Jesús, en el mundo.

El mundo, pagano y judío, no reconoce su estado de pecado; pero al rehusar reunirse á Jesús, verá á este estado agravarse sin medida, y el mundo será así convencido de pecado. Para salir del mal, es preciso creer en el único Salvador; y esta fe que por la acción del Espíritu, llegará á ser la fe de un pueblo santo, innumerable, probará á todos que el Cristo es el principio de la santidad y de todas las virtudes.

El mundo ignora la justicia, la justicia que hace al hombre perfecto y agradable á Dios. Ella no existe originaria y plenamente sino en un solo ser, aquel á quien los Judíos han condenado como á un facineroso. Pero el Espíritu de Dios, arrancando á Jesús de la muerte y de esta tierra de pecado, para transportarle al cielo, á la diestra del Padre, brotando de él como una flama para abrazar al mundo,—este Espíritu probará á todos los que quieran ver en dónde está la justicia.

1 Juan, XVI, 8 y sig.

El mundo no sabe sobre quién cae la sentencia; él se cree el Señor, y no duda que el principio sobre el que se apoya, el jefe del que él releva, en su actividad desordenada y perversa, con los verdaderos condenados de Dios.

El vencido no es Jesús, es el Mal; él le derribó por la muerte. El Espíritu, arrancando á las almas de la tiranía que el mal ejercía, probará su derrota en la duración de los siglos y convencerá al mundo de sentencia. Todo ser santo, á ejemplo del Maestro, es un testigo vivo que atestigüa que Satanás es vencido.

Después de haber confiado á sus discípulos tantas verdades que ellos no pueden comprender sino á medias, Jesús se detuvo.

—“Hoy tengo muchas cosas que deciros; pero no las podéis llevar al presente.”

Hasta en sus reticencias, él les probó su amor.

—“Por lo demás, cuando venga el Espíritu de verdad, él os enseñará toda la verdad, él no hablará de sí mismo, pero dirá todo lo que haya sido del Padre y de mí, y él os anunciará el porvenir.

“El os glorificará, porque él recibirá todo de mí y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío, y el Espíritu de verdad que recibirá de mí, os le anunciará.”

El es, en efecto, quien debía iniciar plenamente á los apóstoles en lo que San Pablo llamó “el misterio de Jesús”¹; en lo que Jesús llama “toda la verdad”. El les enseñará la Redención universal por la muerte del Mesías, la abrogación del culto mosaico, la reprobación de Israel, la vocación de los Gentes, y la grandiosa evolución del Reino de Dios.

Los últimos instantes transcurrían.

—“Dentro de breve tiempo,” dijo Jesús, “ya no me veréis; y dentro de breve tiempo ya no me veréis porque voy al Padre.”

Palabras enigmáticas, alusión obscura al corto período de la muerte y de la sepultura, durante el cual Jesús iba á desapa-

¹ Juan, XVI, 12.

² Efes, III, 4 y sig.

³ Juan, XVI, 16 y sig.

reer á las miradas de los discípulos entristecidos y preparados, guardando apenas una vislumbre de esperanza y de fe, hasta después del período glorioso de su vida resucitada, durante la cual Jesús se mostraría á los suyos, consolándoles, instruyéndoles todavía, y finalmente, retornaría á su Padre, para enviarles al Espíritu.

Los Once no comprendían; ellos se preguntaban el uno al otro, en silencio, lo que quería decir el Maestro. El se los explicó.

—“En verdad, en verdad, yo os digo, lloraréis y gemiréis, y el mundo se regocijará, pero vuestra tristeza se trocará en alegría.

“Una mujer, cuando tiene un niño, tiene tristeza, porque ha llegado su hora; pero cuando ya le tuvo, ella no se acuerda ya del sufrimiento, por causa de su alegría, porque un hombre ha nacido al mundo.

“También vosotros, cuando yo haya desaparecido, tendréis tristeza; pero me veréis, y vuestro corazón se regocijará y nadie os arrebatará vuestra alegría.

“En ese día, ya no me interrogaréis sobre nada; en verdad, en verdad, yo os digo, todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, os le dará. Hasta el presente, nada habéis pedido en mi nombre; pedid y recibiréis, á fin de que vuestra alegría sea plena.

Mientras que Jesús estuvo con los suyos, á él es á quien se dirigían; él era su consejo, su sostén, su alegría visible; desaparecido, su Espíritu le reemplaza. El vivirá por él en su conciencia, y ellos no tendrán necesidad de interrogarle. En otro tiempo, él les habló de las cosas divinas, en parábolas, en un lenguaje figurado que velaba la verdad al revelarla; pero el Espíritu que él enviará desgarrará el velo, y en una lengua que ningún oído entiende, que ninguna boca puede hablar, él les comunicará los misterios de Dios. Este Maestro interior les inspirará lo que es preciso, les iluminará con toda claridad; y lo mismo que Jesús, cuando ellos hayan recibido su Espí-

tu, los apóstoles y los fieles obtendrán todo del Padre. He aquí la verdadera, la única oración eficaz. No somos nosotros los que pedimos, es el Espíritu de Jesús quien pide en nosotros. Lo que los paganos y Judíos llaman oración, es una petición humana; ella no tiene su origen en el amor eterno, ella no podría tener acceso en el amor del Padre; de aquí, su esterilidad. Pero la petición de Jesús es siempre eficaz, porque el Padre que escucha, nos ama.

—“En ese día, dijo, pediréis en mi nombre, y yo no digo que pediré por vosotros al Padre; porque el Padre os ama, también él; porque me habéis amado y habéis creído que yo he salido del Padre.

“Sí, yo he salido del Padre, y yo he venido á este mundo; al presente, yo dejo al mundo y voy al Padre.”

Estas cuantas palabras resumen todo el ser y toda la historia del Hijo eterno de Dios. El no ha sido como nosotros, sacado de la nada, él salió del Padre, eternamente engendrado; él vino á este mundo, encarnando su forma divina en una naturaleza de hombre sufriente y mortal; ahora, por la muerte, él deja á este mundo, despoja, al morir, la debilidad y la mortalidad, y va al Padre que le revestirá, hasta en su forma humana, de su gloria y de su potestad.

Los Once, en este momento, quedaron deslumbrados y arrebatados. El Maestro había adivinado sus pensamientos secretos, su duda; su palabra les pareció iluminada.—He aquí, exclamaron, nos habláis abiertamente y sin ninguna parábola. Al presente vemos que sabéis todas las cosas; leéis en nuestros pensamientos, no hay necesidad de que se os interroguen; también nosotros creemos que habéis salido de Dios.

La divinidad de Jesús, irradiaba en ellos y sobre ellos; esta es la fe que el Maestro quería. Al oírle expresar por los suyos, debió conmovirse.

—“Al presente creéis,” les dijo. Pero la vista del porvenir, y de un porvenir amenazador, le hizo añadir con tristeza:

1 Juan, XVI, 29 y sig.

“La hora llega, y ya está ahí, en la que seréis dispersados cada uno por su lado, y me dejaréis solo...” Después, poniéndose: “No, yo no estoy solo, el Padre está conmigo. “Os he dicho estas cosas, á fin de que en mi tengáis la paz; en este mundo tenéis la tribulación; pero alentados, yo he venido al mundo.”

Estas palabras de triunfo y de absoluta confianza terminaron la conversación.

1 Juan XVI, 29 y sig.

CAPÍTULO IX



CAPITULO IX.

LA ORACIÓN DE JESÚS.—SU AGONÍA.—SU ARRESTO.

Jesús, caminando con los Once hacia Gethsemani, había llegado al valle del Cedrón, el mismo que la Escritura llama el valle de Savé ó del Rey.¹ Abraham allí halló á Melquisedec, el Rey de Salem, quien ofreció el pan y el vino y bendijo al Padre de los creyentes.²

David, para escapar de la cólera de Absalón, le habría atravesado, con los pies desnudos y cubierta la cabeza, con sus servidores fieles, escapándose al desierto.³

Un arroyo, actualmente seco, corría en el fondo de la garganta, é iba á engrosar más allá de Siloe el manantial de Bir—Eyoub que brotaba á grandes torrentes, en la estación de las lluvias, y se precipita al Mar Muerto, á través de un suelo ardiente y calcinado, en donde se pierde.

Nada más triste y más recogido que ese oquy estrecho, con sus monumentos fúnebres, las tumbas de Absalón, de Jq-

¹ Gen., XIV, 5, 17.

² Gen., XIV, 18.

³ II, Reyes, XV, 11.

safat y de Zacarías, y sus sepulcros que cubren toda la vertiente oriental. Ahi, creemos, en frente de esos mausoleos, fué en donde Jesús se detuvo. Antes de inmolarse á sí mismo, víctima y sacerdote eterno, dirige á su Padre la oración que encierra toda la virtud de su sacrificio y de la que es el alma.

El ora en alta voz; los Once deben estar iniciados en este sacrificio que es su gran obra; y como siempre lo hacia, después de elevar los ojos al cielo, dijo:

—“Padre, la hora ha llegado, glorificad á vuestro Hijo, á fin de que vuestro Hijo os glorifique.¹ Glorificadle como vos le habéis dado potestad sobre toda carne, á fin de que á todos aquellos que le habéis dado, él de la vida eterna. Y esta es la vida eterna que ellos os conozcan, á vos, el único verdadero Dios, y á Aquel á quien habéis enviado, Jesu-Cristo.

“Yo os he glorificado en la tierra; he consumado la obra que me habéis dado á hacer. Y al presente, glorificadme, vos, Padre, para con vos mismo, de la gloria que yo tenía, antes de que el mundo fuese, en vuestra presencia.

“Yo he revelado vuestro nombre á los hombres que me habéis dado del mundo. Ellos eran vuestros y me los habéis dado, y ellos han guardado vuestra palabra. Ellos conocen ahora que todo lo que me habéis dado es vuestro. Las palabras que me habéis dado, yo se las he dado; y ellos las han recibido, y ellos han conocido verdaderamente que yo he salido de Vos, y ellos han creído que me habéis enviado.

“Yo suplico por ellos. Yo no ruego por el mundo, sino por aquellos que me habéis dado, porque ellos son vuestros. Así, todo lo que es mío es vuestro y todo lo que es vuestro es mío. Y yo estoy glorificado en ellos.

“Y pronto ya no estoy en el mundo, y ellos están en el mundo. Y yo voy á Vos.

¹ Jeah, XVII, 1 y sig.

“Padre santo, guardadles en vuestro nombre, á los que me habéis dado, á fin de que ellos sean uno como nosotros.

“Cuando yo estaba con ellos en el mundo, yo les guardaba en vuestro nombre. Los que me habéis dado, los he guardado, ninguno de ellos ha perecido, si no es el hijo de la perdición, á fin de que la Escritura fuese cumplida.

“Ahora, al presente, voy á Vos, y digo estas cosas en el mundo, á fin de que ellos tengan la alegría,—la mía,—cumplida en ellos.

“Yo les he dado vuestra palabra y el mundo les ha cogido en odio; porque ellos no son del mundo, como yo tampoco soy del mundo. Yo no pido que les quitéis del mundo, sino que les guardéis del Malo. No, ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.

“Santificadles con la Verdad. La palabra,—la vuestra,—es verdad.

“Lo mismo que Vos me habéis enviado al mundo, yo también, les he enviado al mundo, á fin de que también ellos sean santificados en verdad.

“Yo no pido solamente por ellos, sino también por los que creen por su palabra en mí.

“Yo os suplico que todos sean uno. Como Vos, Padre, estáis en mí, y yo en Vos, que también ellos en nosotros sean uno, de modo que el mundo crea que Vos me habéis enviado. Y yo, les he dado la gloria que me habéis dado, á fin de que ellos sean consumados en uno, y que el mundo conozca que Vos me habéis enviado y que les habéis amado como yo os he amado.

“Padre, aquellos que me habéis dado, quiero que ahí en donde yo estoy, estén ellos conmigo; quiero que ellos vean mi gloria, la que Vos me habéis dado; porque Vos me habéis amado antes de la constitución del mundo.

“Padre justo, el mundo no os conocé; pero yo os conozco, y éstos han conocido que me habéis enviado; y yo les he he-

cho conocer vuestro nombre y le haré conocer aun. Así el amor con el que me habéis amado estará en ellos y yo también en ellos.”

Esta oración de Jesús es más vasta que la tierra y los mundos, superior á todos los tiempos, más grande que el cielo visible al que él levantó los ojos; ella es infinita, eterna, como Dios á quien ella se dirige, como el amor que él inspira, como las peticiones que ella formula, como las fuerzas divinas que ella pone en acción.

Señor y Maestro “de toda carne,” con el fin de comunicar la Vida eterna á todos aquellos que el Padre le ha dado, Jesús pide que la voluntad divina se cumpla en él y en la humanidad.

Asociar á su propia vida á las inteligencias creadas á su imagen, ser glorificado por ellas, revelándose á ellas en la verdad, y reinar en ellas por el Espíritu de amor infinito: tal es el plan de Dios.

Jesús ya comenzó la obra; él ligó á sus elegidos con la fé. Ellos han recibido su enseñanza, ellos conocen el nombre del Padre, ellos saben que él es el mismo el Hijo de Dios, salido del Padre y enviado por él. El pide al presente ser glorificado, y recibir la gloria que él tenía cerca de El, antes de que el mundo fuese.

Ser reconocido como el Hijo de Dios, igual al Padre, ésta era la mayor gloria, la única que Jesús había buscado entre los hombres; ella le será dada. Nadie, sino él, será llamado el Hijo de Dios. Cuando Jesús pide á su Padre, siempre es escuchado. El irá por la muerte á la resurrección, abandonará esta tierra con una ascensión gloriosa, y aunque invisible, hechó triunfante en su humanidad transfigurada, inmortal y soberana, él continuará por el Espíritu que él va á enviar, la realización del Reino de Dios.

Cómo él pide por él mismo, pide por sus discípulos. El ya no estará más para guardarles, pide á su Padre guardarles en

su nombre. En medio de este mundo que les odia por causa de él, ellos no tienen nada que temer: la fuerza del Padre está con ellos.

Este mundo es malo: ellos no lo son; desde que ellos han creído en su palabra, ellos están en el Padre y en él. Jesús pide que ellos sean preservados del Malo y que ellos se santifiquen. A su ejemplo, ellos son enviados al mundo como víctimas; él quiere que ellos estén por completo en el cumplimiento de la voluntad del Padre, que ellos se amen como el Padre y el Hijo se aman, que ellos sean uno como el Padre y el Hijo son uno. En este mundo, en el que el egoísmo todo lo divide y arma á los individuos á los unos contra los otros, él pide que ellos tengan entre sí la caridad que une, y que ellos aparezcan como la gran señal de su misión divina.

Su petición se extiende á todos sus discípulos del porvenir. El les ve á través del tiempo y del espacio, dispersos sobre la tierra; y pide al Padre que, á pesar del tiempo y todo lo que divide, ellos sean uno como el Padre y el Hijo son uno. Unidad prodigiosa y santa que funda la eterna familia de los creyentes, ella será la prueba que el Padre les ama como él amó á su Hijo Jesús.

El pide, en fin, que allí en donde él estará, todos los que el Padre le ha dado estén con él, en el mismo cielo, en la misma inmortalidad: él lo quiere, dijo con energía, como un Hijo seguro de expresar la voluntad de su Padre, y poseyendo la plenitud de sus derechos. El quiere que todos vean su gloria, y que al verla, ellos estén en la eterna Vida; porque la gloria del Hijo de Dios es conocer á su Padre, ser conocido y amado de él.

Así se realizará la obra de la eterna sabiduría, de la eterna bondad. La oración de Jesús es la fuerza inmanente y motriz de su Reino; ella nos penetra, ella nos lleva con esa unidad que debe constituir la familia de los espíritus asociados á la vida de Dios. Mientras que el mundo se agita en el torbellino terrestre, las elegidas por la vocación de Cristo se desprenden del vínculo del mal, y se unen á Aquel que les liberta.

Después de su oración, Jesús franqueó el Cedrón.

—“Todos,” dijo á sus discípulos, “vais á ser escandalizados en mí, esta noche; porque está escrito: Heriré al pastor y las ovejas serán descarriadas;” pero después de que yo haya resucitado, yo os precederé en Galilea.”

Pedro se conmovió: El Maestro, algunas horas antes, ya le había profetizado su negación, y él no pudo creerlo.—Aun cuando todos sean escandalizados por vos, exclamó, yo, jamás—“¿Tú?” respondió Jesús. “en verdad yo te digo; hoy, esta misma noche, antes de que el gallo haya cantado dos veces, tú me negarás tres veces.” Y Cephas, siempre presuntuoso, replicó:—Aun cuando me fuera necesario morir con vos, no, jamás os negaré.

Los Once al mismo tiempo, protestaban con energía respecto á su fidelidad.

Ellos cortaron la ribera izquierda del arroyo, y siguiendo á su Maestro, volvieron á pasar el valle, hasta el monte de los Olivos. Los jardines en Jerusalem, como en muchas ciudades de Oriente, no estaban en el recinto, sino en los alrededores de las murallas, y principalmente sobre la vertiente occidental de la colina del de los Olivos. Al pie de esta colina, á cien pasos y sobre la ribera izquierda del torrente, había uno que se llamaba Gethsemani en donde Jesús se retiraba á menudo, en la noche, con sus discípulos para orar; él debió, en sus diversas estancias en Jerusalem, parar allí muchas noches. El lugar es recogido y triste, austero y religioso. La mirada, al levantarse, no ve, al Occidente, bajo el cielo, sino las grandes murallas del Templo, el remate de los edificios sagrados y la sombría torre Antonia; á la derecha, el monte Scopus desnudo; á la izquierda, el valle de Josafat con sus tumbas.

Jesús prefería este jardín solitario.

1 Juan, XVIII, 1.

2 Zacarías, XIII, 7.

3 Mat., XXVI, 31 y sig.; Márc., XIV, 27 y sig.

Quiso orar allí por última vez y ser triturado por el dolor, como el fruto del olivo bajo el molino de Gethsemaní.

Entró en el cercado con los Once¹ y les dijo: "Sentáos aquí, mientras que voy ahí para orar." Condujo á Pedro, Santiago y Juan, y se alejó de ellos á la distancia de un tiro de piedra. Comenzó á entristecerse; estaba sobrecogido de espanto y de angustia.

—"Mi alma está triste hasta la muerte," les dijo, "permaneced aquí y velad conmigo."

Avanzó un poco y cayó de rodillas, con el rostro en la tierra; y los tres discípulos le escucharon orar, á fin de que esa hora pasara lejos de él:

—"Padre, si os es posible,—todo os es posible,—alejad de mí este caliz. Sin embargo, que se haga no lo que yo quiero, sino lo que vos queréis!"

El vino á sus discípulos y los halló dormidos.

—"Simón," dijo dirigiéndose á Pedro, "duermes; no has podido velar una hora conmigo."

Pedro, quien se decía presto á morir dormía. Jesús le reprochó dulcemente su debilidad, y agregó: "Velad y orad, á fin de que no caigáis en tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es flaca." Palabra profunda dirigida á los Once: por el espíritu y la voluntad, ellos no vacilan en seguir á su Maestro hasta la muerte; pero bajo el peso de la materia que agrava al espíritu, ellos ya desfallecen.

Jesús se alejó por segunda vez.

El dijo: "Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo le beba, que se haga vuestra voluntad!"

Volvió otra vez, y les halló durmiendo. Sus ojos estaban pesados; no sabían qué responderle. Les dejó de nuevo, y oró por tercera vez:

—"Padre, si lo queréis, apartad de mí este cáliz. Sin embargo, que se haga vuestra voluntad, y no la mía!"

¹ En hebreo: Molino de Aceite.

² Mat., XXVI, 36 y sig.; Marc., XIV, 32 y sig.; Luc., XXII, 40 y sig.

Entonces, un ángel del cielo se le apareció y le confortó.

Caido en agonía, redobló su oración; y sudó, como gotas de sangre que chorreaban á la tierra.

Habiéndose levantado, después de su oración, volvió por tercera vez á sus discípulos, y les halló siempre durmiendo, abrumados por la tristeza.

—"Aún dormís," les dijo, "sí, dormid lo poco que nos resta. Reposad."

Tal es, según los primeros Evangelios, la narración auténtica de la oración y de la agonía de Jesús en Gethsemaní.

La escuela mítica no osará pretender que ella ha sido ideada para glorificar á Jesús. Los paganos, como Celso y Juliano, se escandalizaban de lo que ellos llamaban su debilidad ante la muerte; y los Docetas, á quienes ofuscaba la humanidad en Cristo, la suprimían de la historia.

La escena de Gethsemaní es una de las más grandes, en verdad, y para quien sabe comprenderla, una de las más conmovedoras. Jamás Jesús había dejado ver, durante su vida, á sus más íntimos discípulos, un dolor semejante. Al pasar el Cedrón, al franquear el suelo del Jardín de los Olivos, la serenidad de su alma se veló, una angustia inexplicable le invadió.

En el momento mismo en el que su pasión, ó su suplicio va á comenzar, se turba, se espanta, desfallece, y se siente triste hasta morir. En seguida, se apresuraba hacia la muerte y la pedía á su Padre como el medio de glorificarle; otra vez, él la llamó "su caliz," y dijo: "Cuán deseoso estoy de beberle!" El la llamó "su bautismo," y decía: "Cuánto tardo en ser bautizado!" Al presente, clamó con angustia: "Oh Padre, si es posible, que este caliz se aleje!"

¿Cuál es este combate interior? ¿La voluntad de Jesús desmayó ante la de su Padre? ¿Su resolución de morir se quebranta? No; porque en lo más fuerte de la lucha que le agita, dijo: "Padre, que se haga vuestra voluntad, y no la mía!"

Pero la voluntad no está toda en el hombre; ni aun en aque-

llos que Dios llena y que le obedecen sin reserva, hay ahí un conjunto de facultades sensibles que repugnan al dolor; un instinto de conservación, una voluntad de vivir que resiste á la muerte.

Esas facultades sensibles y esta voluntad de vivir tenían en Jesús, como todo lo que se refiere á la esencia del hombre, su perfecta energía.

El pudo libertarse del dolor y de toda repugnancia á morir; no lo quiso absolutamente. Por el sufrimiento y por la muerte es como él es verdaderamente hombre; por ellos es el "Corredero de Dios, y que borra los pecados del mundo." El sufrirá, morirá; y todo lo que el sufrimiento puede contener de amargura, todo lo que la muerte tiene de acentoso, él lo aceptará. Lejos de impedir la tortura, Dios, que está en él, la va á poner ahí á lo infinito.

El hombre no conoce los dolores que le aguardan; Jesús los ve de antemano. El cuadro pasa ante sus ojos: la traición, el abandono de los suyos, la flagelación, las bofetadas, las escupitinas, las burlas, los golpes, la injusticia de su condenación, la muerte ignominiosa y atroz.

A sus propios sufrimientos, se agregan todos los que torturarán por su causa, en el transcurso de los siglos, á sus discípulos amados, en quienes él vivirá, con los que no forma más que uno. Es un río de sangre que brotó de él, un océano que le envuelve.

Ved cómo se lava el pecado del mundo.

El mal que apela á tantos dolores, le apareció más terrible aun. Su conciencia humana siente todo el peso. El más grande sacrificio del ser santo es el espectáculo del mal moral. Jesús le ha conocido en todo lo que tiene de repugnante; en su principio, en sus desarrollos, en su condenación final. El midió este odio que enciende el fuego del juicio. El tomó sobre él, dice un profeta, la iniquidad de todos, la hizo suya, en esa

hbra atroz de Gethsemani; él bebió toda la vergüenza. Los torrentes del mal le desconcertaron.

El hubiera muerto, si la fuerza de Dios, la misma que le entregaba á la agonía, no le hubiera sostenido, para reservarle á otros suplicios. El no tiene el sudor frío de los moribundos; pero bajo el peso que le oprime, tiene un sudor extraño, inaudito, como gotas de sangre que chorrean á la tierra. Quiso que tres de sus discípulos fuesen testigos de esta escena, á fin de que se supiese por ellos en qué abismo de dolores la voluntad de su Padre le había precipitado; á efecto, de que se aprendiese en su escuela, cómo se sufre, cómo se resigna y cómo se ama.

Ante sacrificios que el deber le manda y que la voluntad de Dios le impone, el hombre se entorpece, se exalta ó sucumbe; con una dignidad estoica, él afecta algunas veces no reconocer que sufre, y dice al dolor: "Tú no existes. Es una mentira." Algunas veces, arrebatado de sus sentidos, él tiene, como ciertos mártires, una embriaguez estática que no le deja sentir el sufrimiento. Las almas vulgares, abrumadas por el mal, se doblegan, desertan del deber y rechazan la voluntad de Dios, para huir de la tortura y de la muerte.

Jesús se muestra en la verdad de la naturaleza humana, sin dureza, sin exaltación, por encima de toda debilidad. Halla el cáliz amargo, y él lo dice; siente con una fuerza espantosa, infinita, todo lo que el mal puede producir de tristeza, de espanto y de disgusto por vivir; pero su voluntad deliberada encuentra en la oración y en la unión al Padre, el valor y la resolución de beber el cáliz y de ejecutar hasta la muerte el mandato del Padre.

El agonizante de Gethsemani, con la dulzura de su resignación, es el modelo acabado de todos los que sufren, de todos los que quieren, á pesar del dolor y de la muerte, ser fieles al deber, á su misión y á Dios. Nadie ha sufrido como él, ni se ha resignado y ni ha amado como él.

Antes de empeñar la lucha de la vida pública, él se había

retirado al desierto para rechazar en él á las sugestiones del Malo; antes de morir llega al jardín de Gethsemani para vencer en él á todas las debilidades de la naturaleza humana, identificando su voluntad con la de su Padre. Su vida fué sin pecado; su muerte será sin debilidad.

Su resolución está tomada. La vehemencia de la crisis pasada, aparece reconfortada de Dios, en pie, en medio de sus discípulos durmiendo. La fatiga les abruma, la tristeza les adormece; ellos no tuvieron el valor de la oración, van á caer en la tentación. Jesús espera y vela; el momento terrible ha llegado.—“Levantáos,” dijo á los suyos, vamos! Aquel que debe entregarme está próximo.” Y, como si él hubiera querido entregarse á sí mismo, llegó con los Once al encuentro del traidor, á la entrada del Gethsemani.

Hablaba todavía, cuando una tropa numerosa apareció. Ella estaba compuesta de soldados de la cohorte romana y de sirvientes del Templo. Se podía notar también á algunos personajes de la aristocracia sacerdotal, de los doctores y de los ancianos, y el comandante en jefe de la cohorte. La reunión de los legionarios con la guardia del Templo supone que las autoridades judías se habían concertado con el gobernador romano, para arrestar á Jesús. Conforme á la legislación romana de las provincias conquistadas, ningún arresto podía tener lugar sin la intervención del poder civil. Era preciso, además, evitar todo desórden; y aun obrando por la noche, y con celeridad, había temor que la multitud, puesta en aviso, sabiendo el arresto del Profeta, se amotinase. El monte de los Olivos era el cuartel de los peregrinos de Galilea. La cohorte allí estaba dispuesta á reprimir todo tumulto.

Esas gentes estaban armadas de espadas y de palos, provistas de linternas y antorchas. Un hombre las conducía y caminaba á la cabeza: era Judas.

El conocía el retiro del Maestro, á menudo había ido ahí.

1 Mat., XXVI, 47 y sig.; Marc., XIV, 43 y sig.; Luc., XXII, 47 y sig.

2 Juan, XVIII, 2-11.

con él: allí lleva á la tropa. A fin de precaver cualquiera equivocación, el traidor imaginó una señal para indicar á la víctima:—Aquel á quien yo besaré, les dijo, es él, apoderáos de él y llevadle. El Maestro besaba de ordinario al discípulo; el discípulo raras veces.

El iba á entrar á Gethsemani, cuando Jesús, precediendo á los Once, vino á su encuentro. Judas se acercó.—Salud, Maestro, le dijo, y le besó.

—“Amigo mío, ¿qué has venido á hacer? Judas, tú haces traición al Hijo del Hombre por un beso!” Esta fué la última palabra que el miserable escuchó de la boca del Maestro. A su beso hipócrita, Jesús responde por la palabra de amigo. Judas, en ella podía sentir el amor que perdona todo por el arrepentimiento, hasta la hipocresía y la traición.

Entonces Jesús se avanzó resueltamente hacia la tropa.

—“¿A quién buscáis?” dijo.—A Jesús de Nazareth.—

“¡Yo soy!” A esta palabra, ellos fueron derribados y cayeron en tierra.

Aquel que acaba de dejar ver al traidor una bondad divina, hizo resplandecer con una palabra su fuerza igualmente divina. Se puede rechazar su amor; pero nadie resistirá á su potestad, si él quisiera destruirlo todo. Su ascendiente, cuando á él le place, es soberano; su majestad, cuando él la despliega, es terrible. Por ella fué como arrojó á los vendedores del Templo, y que en diversas ocasiones hizo caer las piedras de las manos de sus enemigos exasperados. Al presente, la manifiesta, por última vez; es preciso que se sepa que él es la Víctima voluntaria. No se tocará á sus discípulos; se les aprehenderá, solo porque él lo quiso.

Los guardias derribados, se levantaron. De nuevo, Jesús les dijo: “¿A quién buscáis?”—A Jesús de Nazareth.—“Ya os he dicho que yo soy. Si pues á mí es á quien buscáis, dejad ir á éstos,” agregó, mostrando á los suyos agrupados detrás de él. La palabra que él había dicho á su Padre, orando, de-

bia cumplirse á la letra: "Yo no he perdido á ninguno de aquellos que me habéis dado."

En este momento, los satélites pusieron la mano sobre él. Los discípulos, viendo á su Maestro arrestado, le dijeron: Señor, ¿heriremos con la espada? Los instintos de la violencia les impulsaba. Simón, sin esperar la respuesta de su Maestro, sacó la espada, hirió á uno de los criados del gran sacerdote, á un cierto Malco, y le cortó la oreja derecha. Jesús calma inmediatamente á sus discípulos; y dirigiéndose á Pedro, le dijo: "Vuelve tu espada á la vaina, porque todos los que se sirvieren de la espada, perecerán por la espada. El cáliz que mi Padre me ha dado á beber ¿no le beberé entonces?"

"¿Piensas que yo no puedo pedir á mi Padre que me envíe inmediatamente más de doce legiones de ángeles? ¿Cómo, pues, se cumplirían las Escrituras, quienes declaran que esto así debe suceder?"

En seguida, tocó con la mano la oreja de Malco y la sanó.

— "Habéis venido á mí," dijo á los príncipes de los sacerdotes y á toda esa cohorte, "con espadas y palos, como si fuera un ladrón. Cuando yo estaba con vosotros todos los días en el Templo, no habéis puesto la mano sobre mí; pero esta es vuestra hora, y la hora de la potestad de las tinieblas."

Entonces todos los discípulos le abandonaron y huyeron. Un joven le siguió, cubierto solamente con un sudario. Se quiso aprehenderle, pero dejando el sudario, se escapó desnudo.

Jesús quedó solo, atado y agarrado, bajo la guarda de la cohorte, de los tribunos y de los satélites del Sanhedrín.

Se ve con qué firmeza, en el primer acto de su pasión, la víctima repudia y comprime toda violencia, hasta animado de un buen celo. Aquel que decía: "Yo he venido á dar mi vida," no sufráis por defenderla, no atenta á la vida de sus agresores. Por lo demás, el arresto de Jesús, aunque tiránico y

brutal, emanaba de la autoridad legítima, del poder romano presentado por el tribuno y sus soldados, y del poder religioso representado por los satélites del Templo y los enviados del gran sacerdote. La resistencia armada de la que se dejó llevar Pedro, era á la vez inconsiderada y vana. Aun cuando ella hubiera podido ser eficaz, provocar un movimiento de rebelión en la multitud de los Galileos, era contraria á la voluntad de Jesús y á la de Dios.

Al ordenar á su discípulo volver la espada á la vaina, Jesús no condena el uso legítimo de la fuerza. Es permitido al hombre defenderse, y en toda sociedad bien ordenada, el poder está armado para el triunfo del derecho y la expiación de los culpables. La autoridad que no sabe sujetar y vengar, sujetar contra el mal y vengar la inocencia, hace traición á un mandato divino. Pero, sobre las sociedades terrestres fundadas sobre la justicia, Jesús, por su muerte, estableció otra fundada en la caridad. En la primera, es preciso que la fuerza reste al derecho y se le mantiene; en la segunda, se le inmola. La abnegación voluntaria y la mansedumbre son las que llevan al Reino de Dios, de la conciencia y del bien.

Jesús no ha usado de la fuerza; siempre aparece el ser dulce y bueno. El se oculta y huye; él no se defiende violentamente. El quiere que sus discípulos sean como él. Si se les persigue, que se oculten; si se les coge, que mueran.

La orden dada á Pedro de volver la espada á la vaina es una orden eterna. El hombre al servicio de Dios imitará á Cefas, muchas veces tratará de herir para defender á la verdad y á Cristo; pero siempre escuchará la voz del Maestro que le dice: "¡Detente! el que se sirve de la espada perecerá por la espada." La caridad de Dios curará las heridas que haya hecho la violencia del hombre; é instruidos por el ejemplo de Jesús, los discípulos, aceptando el papel de víctimas, y dejando al Padre el cuidado de defenderles, irán á morir como él murió.